

Antiterrorismo, auténticas monstruosidades antijurídicas.

El libro no recoge la práctica cotidiana de lesión de los derechos humanos, limitándose a comparar la legislación, y en particular la Ley de Enjuiciamiento Criminal, con los derechos humanos reconocidos internacionalmente. La pretensión del autor no es otra, y, además, si se hubiera dedicado a ese trabajo hubiera necesitado de varios tomos. Tarea que, por ingente que parezca, debería realizarse para que quede constancia de lo que al respecto han supuesto los cuarenta años

en que España fue la "reserva espiritual de Occidente". ■ **JUAN MAESTRE ALFONSO.**

## TEATRO

### Un estreno de Baroja

Sabido es que, aun dentro de las singularidades un tanto pin-

turescas de su circunstancial tarea de crítico, Baroja dijo del teatro español varias verdades como puños. Al plantearse la posibilidad de ser él mismo un dramaturgo —seducido "por el dinero y por el éxito"—, con ocasión del estreno de su "Adiós a la bohemia", escribió: "La retórica un poco casera, vulgar y al mismo tiempo falsamente natural, la que la gente de teatro considera el lenguaje típico de las pasiones, la que se encuentra en la fraseología de Galdós, de Dicenta, de Benavente y de Martínez Sierra, yo no la puedo soportar". Tratándose de un

escritor como Baroja, es evidente que su discrepancia con lo que la gente consideraba "el lenguaje típico de las pasiones" no podía quedarse en la fraseología y tenía que afectar a la poética del teatro, a la concepción de la obra dramática.

Entre sus escasos textos teatrales, creo que "El horroroso crimen de Peñaranda del Campo" es, con mucho, el más sugestivo. Durante años y años, fueron varios los grupos que quisieron montarlo, pero la censura lo impidió. Al fin y al cabo, la ceremonia del garrote vil constituye una expresión sustancial de ciertos modos de ser de nuestra sociedad, y entrar en ella con espíritu observador tiene mucho de indelicadeza, de inoportuna crónica de las miserias ocultas. Desde los viejos tiempos de "El verdugo", de Berlanga, a los más recientes de "La torna", aunque fueran otras las motivaciones concretas de la prohibición, lo cierto es que el tema del garrote ha suscitado siempre una gran resistencia. En esa misma lista de títulos se encuentra "El horroroso crimen de Peñaranda del Campo", clarísimo antecedente del film de Berlanga.

Ahora, al fin, ha sido montada por el grupo Teatro Libre, de Madrid, que lleva luchando, desde 1971, bajo la dirección de José Luis Alonso —que nada tiene que ver con el que fuera tantos años director del María Guerrero—, por presentar trabajos de interés ante públicos universitarios y populares. El hecho de que, tras siete años de labor, con participación incluso en cinco festivales internacionales —Sitges, Estambul, Avignon, París y Nancy—, el grupo no haya logrado consolidar la permanencia y madurez de un núcleo de actores, revela, una vez más, la dureza que la incultura nacional dispensa a estas dedicaciones. Es obvio que en el caso de una obra como la de Baroja, las limitaciones del grupo —salvadas con talento y entusiasmo hasta donde las circunstancias lo permiten— obligan a contemplar el estreno como una versión de "El horroroso crimen..." antes que como una concreción de todas sus posibilidades. Lo cual conviene dejar muy claro para que cuantos, en nombre de la normativa poética tradicional, consideraban endeble la obra de Baroja —conscientemente opuesta a esa normativa dramática— no saquen conclusiones definitivas. El mismo Alonso me decía que la investigación acaba de comenzar y que el trabajo sufrirá a partir de ahora cuantas remodelaciones se deriven de sus representaciones.

## ADIOS A LAS LETRAS

### El milagro de Fátima

Se casó Jesús Aguirre, el director general de la Música. A mí no me ha importado mucho, porque yo no me he casado y tampoco sé si eso le viene bien al personal.

Tampoco sé si le viene bien a la duquesa, a la que deseo tantas venturas como títulos. La cosa se ha convertido en cultural. Aparte de los padrinos y los desposados, personajes colaterales han aprovechado la ocasión para homenajear al nuevo duque. José María Guelbenzu, sucesor de Aguirre en la dirección general de Taurus, la editorial que publicó los rollos de Tierno sobre Heidegger, por ejemplo, sacó a la luz su novela La noche en casa, que es una clara alusión a la normalización vital que pasa a padecer Jesús Aguirre.

Claro, ya Jesús Aguirre no puede pasar la noche fuera de casa, si no es con los personajes de su séquito. Aunque ya no contaría historias tan apasionantes como las que se le ocurrían cuando hallaba personajes atlánticos y negaba el milagro de Fátima, una falacia que él tachaba del calendario cuando todavía usaba alzacuellos blanco y vestía libros de esos que se separan con las cintas moradas que se usan para dividir los milagrosos capítulos de la Biblia.

Ahí andará él, ahora, de duque consorte, vigilando el crecimiento milagroso de su carrera política, volviéndose hacia Pío Cabanillas cuando éste recibe las bocas tachadas de los payasos españoles, a los que se les pide mostrarse firmes frente a la lujuriosa pintura azul que desde el propio Ministerio de Cultura lanzan contra la cultura del país los que aún se saben los resortes de la voz, los que siguen colocando barreras ante quienes creían que, como decía Antonio Gala, una vez el perro muerto, se había acabado la rabia.

Cuando se acabe la rabia, se habrá acabado el milagro de Fátima. Pero sigue ahí. Gracias al milagro de Fátima, recorre desde Finisterre a la Tierra de Fuego el avión de Iberia que conduce a Camilo José Cela.

Nada más llegar a Argentina, el senador real —hay otros senadores que, según esta división, serían irrealos— pudo ver humo en las cárceles. Cincuenta muertos hubo bajo las cenizas. Pensaría que estaba en Córdoba, pero al ver la masacre de presidiarios pensaría



Jesús Aguirre y Cayetana, duquesa de Alba.

que El Lute estaría bien donde está. "Videla no es como Pinochet", se consolaba el académico. Entre uno y otro, en efecto, hay una diferencia: uno cree en el milagro de Fátima y otro piensa que no hay ninguna razón teológica para pensar que no se produjo el milagro de los panes y los peces.

Mientras le dan al misal, ambos dictadores pretenden creer que las cenizas son otro milagro de las chimeneas de sus países. Ambos han cambiado el misal por el libro de Gonzalo Fernández de la Mora —"El crepúsculo de las ideologías"—, del que el famoso diputado va a publicar ahora una nueva versión: "El crepúsculo del cuatro puertas", que alude a sus dificultades para entrar en su coche con chófer como los payasos se suben a las sillas. En lugar de entrar en su automóvil de dos puertas de la manera más recta —junto al conductor y delante—, el ya casi sexagenario diputado se empeña en subirse al asiento trasero, para poder leer el "ABC" sin que lo roce el ideólogo que le conduce. Los esfuerzos del conocido escolástico son tan graves como los que acomete Fraga Iribarne para ocultar que su derecha, como el cuatro puertas que no se ha podido comprar Gonzalo, se halla venturosamente en el crepúsculo. ■ **SILVESTRE CODAC.**

Palabras éstas de Alonso que reafirman el carácter profundamente abierto de la obra, cuanto hay en ella de propuesta riquísima antes que de habilidosa construcción. Puesto a rechazar la poética de la comedia burguesa al uso, Baroja recurre al pliego de cordel y al folletín, lo que, con independencia de la distancia verbal, la aproxima en muchos aspectos a ciertas obras de Valle, y más concretamente a "Las galas del difunto" y "La hija del capitán". La obra tiene, por ello, mucho de pieza entrecortada, a trancos, encerrada en una sucesión de viñetas. Inútil añadir que un teatro así plantea apasionantes problemas formales, que van desde la interpretación al grafismo de los trajes y decorados. Y, sobre todo, a esa especie de estructura superior e implícita, dentro de la cual — y en esa relación está la amargura y la grandeza posible de la obra — se inserta la historia explícita de un condenado a muerte y un verdugo, a cual más inocente, que buscan en el garrote la posibilidad de ser tomados en serio por la sociedad en que viven. La pieza es un pasquín, un trazo grueso, cuyas significaciones sociales se ofrecen a la participación cocreadora del espectador. El montaje del Teatro Libre llena algunos de los sabios blancos dejados deliberadamente por el autor, subrayando, por ejemplo, cuánto hay en la obra de alegación contra la pena de muerte. Otros "márgenes" son, sin embargo, discutiblemente desaprovechados, quizá porque José Luis Alonso, arrastrado por la tradición teatral española y por la sonrisa del público busca a veces en la farsa lo que debió buscar en los horrores ingenuos y verdaderos del folletín y del romance de ciego. ■ JOSE MONLEON.

## Teatro y libertad: la respuesta sigue

No sería justo decir que los hombres de teatro han desempeñado un importante papel en el nacimiento de la cada vez más firme campaña en favor de la libertad de expresión, por el hecho de que el consejo de guerra a dos actores de Els Joglars generara la solidaridad del sector. Más bien habría que invertir el argumento y decir que el teatro ha sido, a través de todas las épocas, una expresi-

ón especialmente controlada, una actividad generalmente temida, por cuanto hay en ella de instrumento revelador de aquello que los grupos dominantes quieren mantener oculto.

El teatro pregunta, muestra comportamientos que no se ajustan a los patrones establecidos, desvela lo que muchos personajes desean en lo más profundo de sí mismos, mientras parecen respetar las reglas sociales; descubre conflictos allí

tamente, a la función reveladora que, sin necesidad de recurrir a heroísmos ni excepciones, debía cumplir regularmente el teatro en una comunidad. Función que, como es lógico, no se agota en el contenido del "mensaje", sino que trae aparejada la investigación y el desarrollo del lenguaje artístico.

Todo esto, fraguado en muchos años de Historia — desde los tiempos en que los cómicos no eran enterrados en sagrado



Por la libertad de Els Joglars.

donde los cronistas del orden pintan la paz. Esa es, en última instancia, la grandeza del teatro y su aportación al proceso de la Historia; esa es, también, la razón de que generalmente se le amordace, ya sea con el burdo mecanismo de la censura previa, ya sea a través de unas estructuras que reducen prácticamente a cero su teórica libertad. Si el hombre quiere verse representado, parece haberse dicho el poder a través de los siglos, ¿por qué no utilizar esta necesidad para controlarle?

¿Por qué no procurar que acepte como verdaderas una serie de representaciones en las que el mundo sea explicado según los intereses del poder? Hechas estas preguntas, el sentido del teatro se invierte, dejando de ser la expresión pública, por medio de un lenguaje estético específico, de las interrogaciones y las discrepancias, para transformarse en una reafirmación de la norma, algo así como en una jurisprudencia ilustrada que, a través de los distintos casos, muestra de qué parte está la ley y quién merece ser castigado. Cuando Lorca hablaba de la relación directa entre la salud teatral y la salud de un pueblo se refería a eso estrictamente,

a la hora en que nuestro contemporáneo Amin decidió fusilar a los intérpretes de una obra, cuyo tema podía, indirectamente, criticar sus abusos, es lo que, con mayor o menor conciencia, bulle en nuestras mejores gentes de teatro, quizá ingenua pero seriamente sacudidas por un conjunto de sentimientos que se resumen en la frase, un tanto estereotipada, de defensa de la libertad de expresión.

Esos sentimientos son los que, días atrás, concentraron en Madrid a más de una veintena de grupos del teatro independiente, en buena parte procedentes de la periferia peninsular. Esos fueron los sentimientos traducidos a pancartas, máscaras y música. Eso fue lo que, muy lógicamente, les llevó ante el Ministerio de Cultura y a la entrevista con su titular. Eso fue, en fin, lo que hizo de la caravana una manifestación inoportuna, liquidada con golpes a las personas, destrozos en las furgonetas y una actriz que, cuando escribo estas líneas, no se sabe si perderá un ojo. ¿Será posible que alguien creyera que aporreando a un cómico se respondía a las últimas acciones terroristas?

El mismo sentimiento conformó otro acto distinto. Medio centenar de personalidades del mundo cultural, muchas desplazadas a Madrid con ese fin, se reunieron en la galería Juana Mordó ante unos cuantos periodistas. También había senadores, diputados y unos cuantos políticos. El fin del acto era, por su misma sencillez, conmovedor. Se trataba de reunirse, tanto por lo que suponía de solidaridad entre los presentes, como de solidaridad con cuantos han sufrido castigo por ejercer la libertad de expresión. También se formó una comisión para solicitar audiencia con Adolfo Suárez y con el Rey; se dirigió un documento al presidente de las Cortes; se redactó un comunicado a la prensa sobre el sentido de la reunión, aparte de contestar a cuantas preguntas hicieron los periodistas... ■ J. M.

## Contradicciones del intelectual pequeñoburgués

La extensa producción teatral gorkiana es prácticamente desconocida en España. Sin embargo, la simple lectura de su teatro nos lo descubre como un dramaturgo de una actualidad extraordinaria. Uno de los temas centrales de su producción dramática lo constituye el análisis de la condición del pequeñoburgués, de sus comportamientos, egoísmos y rapacidades. Ya entonces distinguía que este sector social, que vive preso de las ilusiones de sentirse clase dominante, pero sumido en condiciones de existencia próximas a veces a las del proletariado, personifica con sus angustias permanentes, su paradójico pánico a los cambios, sus ilusiones de marchitas o imposibles grandezas, una especie de peso muerto que retrasa o impide el avance hacia conquistas sociales y políticas del conjunto del pueblo.

En *Los veraneantes*, escrita en 1904, Gorki presenta a los hijos de estos pequeñoburgueses que se han convertido en abogados, médicos, escritores, filósofos. Estos intelectuales pequeñoburgueses, sorprendidos en su período veraniego, que es como su paradigma vital, se aburren en ocios perpetuos, se descomponen en su letargo, sucumben lentamente, flirtean con sus neurosis mimadas como flores exóticas que necesitan intensivos cuidados. En esa pequeña comunidad humana que muestra los rasgos típicos de